

# PORQUE HEREDARÁN LA TIERRA

## Una espiritualidad de los pobres con miras a una ecología integral

P. Gregory  
Kennedy, SJ\*

### Resumen:

Medio siglo después de Medellín, seguimos tratando de comprender la pobreza en sus variedades físicas, metafísicas, opresivas y voluntarias. La espiritualidad de los pobres nace de su condición material, que les exige adaptarse al entorno, en vez de obligarlos a acomodarse a los afanes humanos. La tecnología poderosa debilita esta espiritualidad de adaptación, sustituyéndola por un espíritu de apropiación y dominación. Los pobres y los desposeídos heredarán la tierra, porque reconocen su dependencia de ella.

\*\*\*

Hace poco en una conversación sobre carros, un colega me obligó a explicarle el por qué no me agrada conducirlos. “Es una cuestión ecológica”, repliqué. “Los automóviles han destruido una buena parte del planeta”. Él me corrigió enseguida: “No son los carros, sino los humanos”.

Sus palabras me callaron. Obviamente, los carros no se crean, ni se llenan en la bomba, ni se manejan (aunque Google lo está cambiando), ni invierten en mega-

\* Colaboró con la CLAR durante sus estudios en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, donde culminó su maestría en teología. Sus anteriores estudios incluyen un doctorado en filosofía de la Universidad de Ottawa. Actualmente, sirve como guía espiritual en Loyola House, Guelph, Canadá, un centro ignaciano que aspira unir la ecología y la espiritualidad.

proyectos petroleros y mineros, ni pavimentan los campos agrícolas con asfalto. Todas aquellas actividades las llevan a cabo los seres humanos. Hasta aquí, tiene toda la razón mi colega.

Sin embargo, existieron muchísimas generaciones humanas que nunca participaron en dichas acciones. El automóvil sólo comenzó a difundirse alrededor, de hace cien años. En menos de un siglo, se ha incrementado su uso, cambiando el paisaje de los continentes, el diseño y rostro de las ciudades, el comportamiento y las expectativas colectivas. El individualismo moderno tiene mucho que ver con el triunfo del auto privado, que se ha convertido también, en una causa substancial de la mortalidad global (1,2 millones muertos por año<sup>1</sup>). Aproximadamente, el 16% de los gases invernaderos se deben al tráfico rodado<sup>2</sup>. La gran aceleración de la destrucción de biosfera se dio inicio con la popularización del carro. No hubiéramos alcanzado un nivel tan elevado de consumo de petróleo, plástico, hierro y terre-

no si no nos hubiésemos equipado con una invención tan dotada de gastar recursos y vidas.

Cuando los obispos del CELAM se reunieron en *Medellín* en 1968, el mundo contenía aproximadamente 170 millones de carros privados. Hoy, un billón de coches circula en el globo<sup>3</sup>. Sin negar las distancias entre ricos y pobres, la humanidad ha logrado en las últimas cinco décadas, reducir no sólo, el porcentaje de personas atrapadas en pobreza extrema, sino también el número absoluto de pobres -una proeza formidable. Sin duda, el carro se ha prestado a esta dinámica económica. Al facilitar el transporte tanto de personas como de productos, el auto ha sacado a muchas/os del aislamiento, acercándoles mercados, educación y atención médica a quienes se encuentran retirados de la ciudad. Además, la industria automovilística es un verdadero gigante en términos del crecimiento económico; si la industria del automóvil fuera una nación, su economía sería la sexta más grande del mundo<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> World Health Organization, GLOBAL STATUS REPORT ON ROAD SAFETY 2015. [http://www.who.int/violence\\_injury\\_prevention/road\\_safety\\_status/2015/en/](http://www.who.int/violence_injury_prevention/road_safety_status/2015/en/)

<sup>2</sup> *Ibid.* Climate Change and CO<sub>2</sub>, <http://www.oica.net/category/climate-change-and-co2/>

<sup>3</sup> <http://www.carhistory4u.com/the-last-100-years/car-production>

<sup>4</sup> "Organisation Internationale des Constructeurs d'Automobiles" (OICA). "Economic Contributions" <http://www.oica.net/category/economic-contributions/>.

Confrontando estas realidades encontradas, hoy nos hallamos en una posición que requiere un balance sobrio del carro, y de toda la tecnología poderosa actual. El coraje del CELAM en no dar la espalda a las dificultades complejas y multifacéticas requiere de un análisis de cómo la riqueza, simbolizada en este caso por el automóvil, está acabando con la tierra, además, con la pobreza dichosa -entendida como la simplicidad solícita por la creación.

Sin humanos no habría carros. Antes de los carros, no dañábamos tanto la tierra. Entonces, no se puede culpar por separado solo a los carros, o a los humanos, por la tragedia ecológica actual. Son los humanos armados con autos los que, juntos, han damnificado una buena parte del planeta.

Estos dos componentes constituyen una unidad que no se divide fácilmente. En realidad, ya los humanos no son seres que accidentalmente poseen carros, sino que se han vuelto una suerte de seres únicos y particulares: *humanos-con-carros*. Estas máquinas nos determinan y nos definen; influyen en nuestra identidad, perspectivas, fisonomía, hábitat, ritos, modos de socializar, patrones

de pensar y actuar, etc. En fin, son una fuerza revolucionaria que todavía no se aprecia como tal. Por desgracia, seguiremos deshaciendo la tierra más de lo que haremos por ella.

Si los biólogos descubrieran un grupo específico de animales en el que todos los miembros compartieran hábitos y herramientas, más modos de moverse, de interactuar, de estructurar sus comunidades, de construir sus hogares, que fuesen distintos a los otros del grupo, declararían el hallazgo de una sub-especie. Reconocerían que tal grupo se distingue tan significativamente de los demás que sería menester, tratarlo e investigarlo con sus diferencias específicas. Una herramienta empleada por unos individuos de una especie, que acaba por cambiar su modo de vivir radicalmente, entra a hacer parte de la propia definición de esa especie. Así debemos acercarnos al *humano-con-carro*, o *humano-con-computadora*, o *humano-con-celular*, o *humano-con-avión*. Todas aquellas herramientas han transformado el entorno, el comportamiento, y hasta el mismo cuerpo. Al entrar tan profundamente en la existencia humana, de manera no trivial, se alcanza a diferenciar, a

los humanos que conocen las herramientas, de aquellos que no las han adoptado.

Ahora bien, ¿cómo escuchamos a Jesús cuando predica que los pobres son dichosos porque a ellos les pertenece el Reino de Dios, y que los desposeídos son bienaventurados porque heredarán la tierra? (Mateo 4, 3-5)<sup>5</sup>. Aquí, a lo largo de los siglos se mueve una paradoja, que cada generación tiene que enfrentar. En lo que sigue, se sugerirá que, hoy, los pobres son aquellos que no pertenecen a muchos de esos grupos híbridos, compuestos por la tecnología poderosa. Por su parte, los desposeídos son aquellos que han salido por voluntad propia de algunos de esos grupos.

Para iniciar, debemos recordar lo que los pobres no son: una clase de humanos con ciertas características esenciales e inextricables. Por supuesto, las personas que no tienen carro, ni objetos electrónicos domésticos, ni luz, ni siquiera comida, no viven como las personas que gozan de dichas cosas. Sin embargo, al conseguir las, los comportamientos y pensamientos de los pobres se van aproximando a los de los dueños.

En otras palabras, los pobres no son pobres porque poseen una esencia específica, o una composición ontológica que les determine su existencia. Al contrario, el asunto es que no han obtenido lo que engendra a los ricos: la comodidad, el lujo, el ocio y, sobre todo, el poder. En cuanto adquieren los productos de la riqueza, el pobre ya no es pobre, y el hecho es constado por sus acciones subsecuentes.

Abundan ejemplos en el mundo actual que comprueban esta definición situacional del pobre. Casi todos los países, independiente de ser capitalistas o comunistas, aspiran a la economía consumista. Los países en desarrollo se empeñan en alcanzar el nivel de crecimiento tecnológico disfrutado por las naciones ya desarrolladas, mientras éstas hacen todo el esfuerzo para mantener intactos sus privilegios, incluso gastando sumas descomunales para erigir muros inhóspitos. Mundialmente, la venta de carros ha marcado récord y hoy son más accesibles a los que antes no tenían posibilidades. A su vez, los ricos, que siempre los han poseído, no quieren dejarlos aunque se sepa muy bien que la creciente población

<sup>5</sup> Según la traducción *Biblia del peregrino* por Luis Alonso Schökel.

automovilística pone en riesgo la nuestra, a causa de sus consecuencias perniciosas mencionadas anteriormente. Muy pocos, sean ricos o pobres que añoran ser ricos, se proponen limitar el número de carros fabricados y comprados.

Así pues, se ve claramente que los pobres no son pobres debido a una cualidad inherente no encontrada en los ricos, sino por virtud de condiciones que les impiden adueñarse de ciertas cosas que constituyen a los ricos, a saber, el poder y la tecnología, dos cosas que van inseparablemente de la mano. Por eso, cualquier “espiritualidad ecológica de los pobres” tiene que ver con sus circunstancias materiales. Un pobre-con-carro, aunque no tenga ni un peso extra para comprar cualquier ítem que no sea gasolina, ya pertenece al grupo *humano-con-carro* porque en la mayoría de los sentidos relevantes (gasta petróleo, reclama carreteras buenas, amplias y ubicuas, da preferencia a la máquina en lugar del cuerpo, contribuye al smog y a la “rapidez”<sup>6</sup>) se comporta como los demás *humanos-con-carros*, sean millonarios o campesinos.

En general, no solemos apreciar la gran influencia de las tecnologías que hacen parte de nuestras vidas. Las tomamos por herramientas neutrales no más, que de pronto alteran el entorno o el ritmo de la cotidianidad, pero no tocan lo verdadero humano. Contra este prejuicio, el principio fundamental de la ecología integral afirma que todo está profundamente conectado. Al asumir una nueva tecnología significativa, la persona, la comunidad, la sociedad y aun el planeta se modifican. Entran en juego nuevos patrones prácticos que con fuerza acaban siendo normas sociales. Además de proporcionar transporte, el carro declara estatus, simboliza importancia y entra a ser parte de la identidad personal. Todos estos aspectos sociales, científicos, culturales y económicos se suman para crear en el carro, un fenómeno poderosamente influyente.

Quienes se benefician de una mirada prudente y crítica hacia la aceleración de la inserción tecnológica en la vida moderna, observan ciertas tendencias universales dadas entre pueblos y personas que adoptan apara-

---

<sup>6</sup> Veá *Laudato si* #18.

tos cada vez más sofisticados. El autor Nicholas Carr llama a estas tendencias complacencia y parcialidad tecnológicas<sup>7</sup>. La complacencia emerge cuando los dueños de la tecnología van cediendo más autonomía, confianza y deberes. Como consecuencia, descuidan sus propias habilidades intelectuales y físicas. Por ejemplo, el GPS (sistema de posicionamiento global) reemplaza el saber leer mapas y signos geográficos. Dado el poder y precisión del aparato, los usuarios ya no ven la necesidad, ni siquiera la utilidad, de mantener su propia capacidad de ubicarse: parece redundante. De ahí la complacencia se radicaliza y pasa a la parcialidad. Ahora los usuarios suelen poner más confianza en la tecnología que en sus propias facultades, aun cuando éstas tienen razón obvia. Han sucedido casos no escasos de accidentes de tráfico ocasionados por la insensatez de un conductor que hace caso al GPS, aun cuando, sus instrucciones contradicen todo sentido común (en marzo, 2015, un estadounidense, guiado por su GPS y esquivando los letreros, conos naranja, y otras

barreras colocadas para advertir del peligro, condujo su carro por un puente incompleto que llevaba seis años cerrado<sup>8</sup>).

Paulatinamente, los dueños se van adaptando a la tecnología adoptada. Y cambian sus modos de actuar, pensar y convivir. Se dejan llevar por nuevas expectativas de rapidez, conveniencia, comodidad, disponibilidad, que antes no las tenían. Después de esta auto-adaptación por parte del dueño, viene la urgencia de adaptar también todo medio que estorbe al funcionamiento idóneo de la máquina. Generalmente, viene el deseo de emplear una tecnología poderosa adquirida, aunque no haga falta en la situación dada. Así, la máquina logra ocupar el centro del universo de tal ocasión, y el resto debe ajustarse, girando en su órbita. El diseño de las ciudades modernas, acomoda sus espacios a las necesidades del automóvil más que a la de los barrios y comunidades. Esto causa a menudo accidentes de tráfico por proyectos de vías que cortan la circulación peatonal y pública.

<sup>7</sup> Nicholas Carr, *The Glass Cage: automation and us*. New York: W.W. Norton and Company, 2014. p. 67.

<sup>8</sup> Greg Milner, Death by GPS: are satnavs changing our brains? en *The Gaurdian*, 25 de junio 2016. <https://www.theguardian.com/technology/2016/jun/25/gps-horror-stories-driving-satnav-greg-milner>

En resumen, los pobres y desposeídos dichosos son los humanos que se encuentran menos enredados en relaciones adaptativas hacia tecnologías poderosas. Son los humanos dispuestos a habituarse más al ambiente que a obligar al entorno a que se acomode a la tecnología. Son los humanos atentos a sus cuerpos y a la tierra que los sostiene, porque no cuentan con las herramientas fuertes que permiten a otros pasar por encima de su propia fragilidad y dependencia. En fin, los pobres y desposeídos son humildes respecto a su capacidad de controlar y doblegar su mundo. Gracias a su carencia del poder de ampliarse, caben mejor en un planeta cada vez más deformado por el anhelo insensato de amoldar todo al mismo deseo insaciable de tener todo-siempre-ahora.

Por eso los que van a heredar la tierra, según Jesús, no son mejores ni más santos que los ricos, sino más necesitados y, consecuentemente, más cuidadosos. Mientras los *humanos-con-tecnología-poderosa* se esfuerzan por apropiarse de la tierra y rehacerla según su voluntad, los pobres se conforman en convivir con ella, recibiendo sus dones con gratitud. Convivencia en vez de conquista.

Es una espiritualidad que nace de la vulnerabilidad, algo que intentamos borrar con la tecnología. Quienes lo logran quedarán desheredados.

Ahora, ¿cómo hacernos pobres si ya somos miembros de esos grupos *humanos-con-x tecnología*? Pretendan como pretendan, los ricos no pueden ser pobres conservando su poder. Hay que dejarse desposeer. En general, en cuanto a la tecnología solo hay una dirección lineal: adelante. Los retornos son imposibles, impensables, e imperdonables. Pero nos engañamos con tales prejuicios. De esta manera esquivamos nuestra propia responsabilidad de discernir y adecuar nuestras herramientas conforme a las necesidades reales de la comunidad entera de la vida terrestre.

Aceptar cualquier tecnología como destino predeterminado e inalterable es caer en una fatalidad infantil. No podemos, ni debemos resignarnos a la existencia, por ejemplo, de las armas nucleares. Son abominaciones que no merecen ningún espacio en nuestro mundo. Encogerse de hombros, concluyendo que la tecnología no se puede echar atrás,

es un pecado de omisión y casi una epidemia hoy.

Por lo cual, es alentador evidenciar logros en discernimiento tecnológico, especialmente entre los verdaderos pobres. Casi el 40% de la población de Ruanda, el país africano donde se perpetró el genocidio atroz en 1994, vive en pobreza extrema. No obstante, han introducido y hacen cumplir rigurosamente una ley que prohíbe una tecnología devastadora a los sistemas naturales: las bolsas plásticas. Sabiamente, se dieron cuenta que esta herramienta, tan querida y ubicua, trae más daños ecológicos que beneficios huma-

nos. Estos pobres se han rehusado, por el bienestar de toda la creación.

¿Somos capaces de seguir su liderazgo, de discernir los bienes de los males tecnológicos y tener el coraje e inteligencia de quitarnos, o al menos limitar, lo que nos perjudica la creación integral? Las/os religiosas/os hemos hecho voto de pobreza. Nos suponemos educados en el discernimiento. Ahora, hay que preguntarnos si estamos listos, si somos suficientemente listos para desposeernos un poco del poder para compartir la herencia de la tierra.